

Memorias de un extraño

Pedro Gda



Pedro Gda

Capítulo 1

Hasta llegar a este lugar, la mía había sido siempre una vida errante. Un continuo viaje en el que partía a cada nueva aventura con la misma ilusión de la primera vez. En mis singladuras, he conocido países remotos, lugares increíbles, las peores guerras y los amores más intensos. Personajes siniestros y amigos entrañables. He gozado de veladas de amor intenso, de suspiros profundos y de hastíos eternos.

He pasado de las noches de abandono, que me envolvían en la oscuridad del sueño a otras de desvelo, en las que avanzaba con paso presto. He vivido largas temporadas de triste retiro, que me tenían cabizbajo esperando un nuevo destino y otras, en las que las misiones se sucedían sin dejarme recuperar el aliento.

Mis experiencias iniciales de en los primeros años, apenas las recuerdo. Mi memoria, tan lleva de historias, acaba por fallarme y el paso del tiempo ha hecho que pierda vigor en mi, ya de por si, apelmazado cuerpo.

Fruto de una extraña maldición que me acompaña, mi paso era tanto más fugaz cuando más me interesaba mi servicio y se ralentizaba hasta el agotamiento en las misiones que me eran especialmente soporíferas. Alguna vez, incluso, tuve que ser rescatado de alguna de ellas cuando estaba a punto de perderme en alguno de esos aburridos destinos.

Y en este peregrinar diverso, ahora, camuflado entre todo un ejército de compañeros con los que comparto destino sin llegar siquiera a hacer sombra al peor de ellos, ingreso en este modesto templo del que todos hablan con esperanza. Yo, con miedo de ser descubierto.

Aquí, a todos ellos, aun siendo de orígenes y extracciones muy diferentes, se les abre una segunda oportunidad y a este indigno oportunista, que ahora les habla y que se aferra a cualquiera de ellos para escapar a su inminente final y poder emprender de su mano, nuevas aventuras.

Hace semanas que permanezco agazapado, escondido entre esta culta muchedumbre, observando rutinas y horarios. Durante el día, los candidatos llegan de la mano de un tutor que los guía de manera inexorable hasta la misma entrada del templo donde la sacerdotisa los recibe. A veces a uno solo y otras o un nutrido grupo. Es entonces que se inicia el ritual; cada postulante es objeto de un experto examen, no exento de amor, por parte de aquella mujer, que se debate, con inquietud invisible, entre darle acogida en la Orden o repudiarlo. Ella sabe que su

rechazo implica una condena a destierro a un paraje sin futuro, donde casi con total certeza, el aspirante, fenecerá. Esa responsabilidad hace que la sacerdotisa a veces entable una secreta complicidad con los aspirantes menos dotados y los acepte en la Orden, aun a sabiendas de su incapacidad.

Una vez pasada la prueba, la sacerdotisa entabla una breve conversación con el tutor que los ha traído, cuyo contenido no llega a alcanzar, por lo bajo del tono en que se produce. Casi siempre, ella abre un pequeño cajón del que saca una cantidad de dinero que enseguida pasa a menos de su interlocutor. Esa es la señal de que todo ha ido bien y, tras el pago de la dote, el aspirante se convierte en miembro de pleno derecho de la Orden.

Hacia el final de cada tarde, cuando ha terminado la recepción, la sacerdotisa se reúne en silencio con los nuevos miembros y decide, con su criterio experto, donde alojar a cada uno sin que nunca se produzca una sola replica por parte de los allí acogidos.

Por un extraño devenir que no alcanzo a entender, todos ellos han acabado convirtiéndose en miembros únicos de la congregación. Sus vidas y sus experiencias son tan diferentes como el saber que atesoraban. Constituyen una Hermandad pintoresca. Su aspecto físico es de lo mas variado, aquí se congregan los maltratados, los simplemente viejos, los inútiles con su saber trasnochado, de diversas nacionalidades e incluso alguno con extraño dialecto. He llegado a ver hasta alguno célibe, que ni siquiera sabía de mi existencia. La mayoría con una piel ajada, que a modo de coraza ha protegido su interior más frágil. Todos de diferente cuna y con una misión común, evangelizar con su doctrina.

Cuando llega la noche y ella se ha retirado a descansar a su aposento, este lugar parece diferente. Le envuelve aire de vívida ensoñación que genera una ilustrada atmósfera tan etérea como secreta, donde ideas, ilusiones, historias y experiencias flotan en un ambiente que el obligado voto de silencio es incapaz de doblegar.

Es un susurro que se extiende por toda la estancia. Pueden escucharse conversaciones de los temas más variados, siempre entre pequeños grupos cerrados, apretujados hombro contra hombro, sosteniéndose unos contra otros. Supongo que por esa estricta agrupación por castas, e incluso por nacionalidad y conocimiento que ha decidido ella, como si la lengua que cada uno conoce, acotase las posibilidades de su acción evangelizadora, y mezclarse con otros, fuese un acto de mestizaje prohibido. Después de todo, procesamos a nuestra divina sacerdotisa, por

su acogida, absoluta obediencia en muestra de nuestra más sincera gratitud.

Los días son otra cosa, una discontinua peregrinación de extraños personajes da vida al lugar. Buscadores de tesoros, viajeros perdidos, gente de economía estrecha, comerciantes avisados, jóvenes inexpertos, curiosos indolentes, sabios camuflados y hasta devotos fervientes, constituyen una singular procesión que rinde culto al lugar, a su anfitriona y a nosotros, sus humildes discípulos.

La mayoría de las ocasiones, los visitantes abandonaban solos el lugar. Otras, las menos, se produce una extraña química entre ellos y alguno de mis hermanos. No puedo decir bien quien escoge a quien. Sin duda se trata de una atracción mutua y juntos se dirigen a la sacerdotisa. Se produce de nuevo una conversación aun más breve que la de la recepción y tras una simbólica transacción económica para bendecir la unión, destinada a sufragar los gastos de aquella comunidad, la mujer les da su bendición. En ese instante, destella en la mirada de ella una nota de tristeza por la marcha de su discípulo, alimbarada por el alivio de tener una boca menos que mantener y sentir que su misión sigue plenamente vigente.

En estos últimos días, el flujo de visitantes que se acercan al templo en busca de alguno de mis compañeros ha disminuido drásticamente, no así el de acogida, que incluso se ha incrementado. Se nota inquieta a la sacerdotisa, que ha tenido que extremar los requisitos de admisión, e incluso, rechazar a candidatos intachables, que en otro tiempo habrían sido el orgullo de la Congregación.

Un sentimiento de inquietud recorre la galería por la noche y la desesperación empieza a hacer mella en el ánimo de todos. Cada vez son más los que piensan que aquí acabará su vida. Está mañana, cuando ya daba todo por perdido, la felicidad vino a visitarme. Un hombre corpulento ha entrado en el establecimiento y con paso decidido se ha dirigido hasta mí, bueno, en realidad hasta el grandullón de mi compañero, que me ampara. Se ha detenido frente a él y tras mirarlo primero con sorpresa, después con incredulidad y finalmente con manifiesta satisfacción, se han dirigido juntos a nuestra anfitriona y han perfeccionado su acuerdo. Se le nota inquieto, con prisa, como si nuestro nuevo mentor temiera que ella se retractara de la operación y él perdiera lo que a todas luces, le ha parecido una magnífica adopción.

Al salir, nos encontramos con una lluvia que comienza a arreciar. El hombre acelera el paso y esquivo, con ridículos saltitos, los charcos que comienzan a formarse. Se detiene en un soportal de piedra frente al que hasta hace pocos minutos ha sido mi último hogar, a refugio del aguacero. Se apoya contra la pared y con avidez desenvuelve el paquete. Sus regordetes dedos recorren las páginas con celeridad mientras su nariz casi se mete entre ellas para acomodar más su limitada visión. El ritmo de su respiración se acelera y la mía con la suya. Siento como se acerca por la creciente presión de sus dedos y el ahogado silbido que hacen las páginas al pasar, y que hasta ahora eran para mí música celestial, se convierte en una mortal cuenta atrás que me desnuda hoja a hoja hasta dejarme totalmente al descubierto justo tras el inicio del capítulo V, donde me olvidó mi último señor. Se detiene, me toma en su mano y me observa. Ahora, impregnado de la humedad de la lluvia, gastado por el roce las páginas y maltratado por dedos poco considerados, mi frágil cuerpo, depauperado, es incapaz de mantenerse erguido y cae rendido ante él, flácido.

El hombre me mira con determinación. Un reproche asoma en su mirada, como si ya nada justificara mi presencia. Me hace sentir viejo e inútil y en ese mismo momento, sin darme opción a nada, me retuerce entre sus dedos y quiebra hasta la última de mis fibras. Con un gesto de desdén, me lanza al suelo.

Por un instante me siento afortunado. El destino me regala vivir mi última y por primera vez, real aventura. Un reguero de agua me arrastra hasta el otro de la calle, de vuelta con mi Hermandad. La lluvia cae más fuerte y el caudal se acelera. Ya casi he llegado y una ensoñación me tranquiliza; La vea a ella, que sale a recibirme. Percibo como que se agacha, y con su delicadeza habitual, me recoge y me extiende sobre la palma de su mano, para secarme y recomponerme.

Un remolino me envuelve justo ante la entrada. Me arrastra con sus vueltas cada vez más cerradas y rápidas. En un instante fugaz, casi en el último giro, puedo ver la entrada de aquel lugar. Es humilde y coqueto a la vez. Lo siento acogedor. Sobre su puerta, un pequeño luminoso parpadea "TIENDA DE LIBROS USADOS RE-READ". Me siento ajeno a aquel lugar. Pienso que no hay un sitio así para los míos, que quizá exista otra vida en la que alcance a ser un libro y pueda cobijar en mí a los que ahora son como yo. Pienso en ella, que a pesar de todo, permitió mi presencia. Incluso fantaseo con que me valoró como un detalle de experiencia distintivo frente al resto.

Un golpe duro de la reja metálica de la alcantarilla al tragarme, me devuelve la lucidez suficiente para sentir como el agua descarna la última

de mis fibras y yo, un humilde marcapáginas, quedo envuelto en el silencio y la oscuridad.